

recibió! ¿Confesamos nosotros la inocencia de Cristo y nuestra culpa? ¿Tenemos celo para defender su honor menospreciado? ¿Qué hacemos al oír que su santo nombre es blasfemado?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh malicia judaica, á qué extremo has llegado! Para que el Señor sea de todos modos tenido por un criminal y malvado, disponen crucificarle con dos ladrones, los más insignes y facinerosos, colocándole al medio entre los dos, como si les superara en maldad. Jesucristo, que en el cielo está en medio de la Trinidad beatísima, y en el Tábor estaba glorioso y resplandeciente en medio de Moisés y Elías, que le aparecieron para honrarle, en el monte Calvario está crucificado entre dos ladrones infames. ¡Qué humillación! ¿Quién se atreverá á rechazar el postrer lugar, contemplando á Jesús en tal abatimiento? Mas no para aquí la humillación del Señor. Uno de los ladrones, hallándose en el tormento, imitando á los malvados judíos, se atreve á insultarle, y estando para morir, osa injuriar al Juez que dentro de poco le ha de juzgar. Con todo, á tales afrontas Jesús no contesta palabra, y habría quedado sin defensa si el otro ladrón no hubiese vuelto por su honor, reprendiendo á su desvergonzado y loco compañero, confesando sus propias culpas, por las cuales eran justamente castigados, y la inocencia de Jesús, que con tan admirable paciencia sufría los más horribles suplicios. Así provee Dios que el inocente tenga quien le defienda, y que á la humillación siga la exaltación. ¿No confiaremos en el Señor que tal providencia tiene de los que padecen y esperan en Él? ¿Hemos seguido alguna vez los pasos del mal ladrón, injuriando al Señor por motivo de los trabajos que nos envía ó permite? ¿No nos confunde el celo del buen ladrón en defender á Cristo, comparándolo con nuestra propia tibieza? ¡Ah! ¡Un ladrón defiende á Jesús, y nosotros, discípulos suyos, callamos, viéndole ofendido! Resolvámonos á mudar de conducta, y, para lograrlo, oremos con fervor y viva confianza.

#### 61.—ORACIÓN DEL BUEN LADRÓN, Y SEGUNDA PALABRA DE CRISTO.

PRELUDIO 1.º El buen ladrón oró, diciendo: «Señor, acuérdate de mí cuando estuyeres en tu reino». Y Jesús le contestó: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».

PRELUDIO 2.º Representate este suceso como si lo vieses y oyeres lo que dicen.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber orar con la eficacia que este ladrón.

**Punto 1.º Oración del buen ladrón.**—El buen ladrón, después que hubo ejercitado la humildad y caridad, confesando su pecado y defendiendo á Jesucristo, tomó luego ánimo y confianza, y vuelto al Señor, le dijo: «Señor, acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino». Llámale primeramente Señor, con gran re-

verencia, respetando al que de todos era vituperado y tenido por vil gusano y desecho del pueblo. Luego le confiesa por Rey y que tiene verdadero reino, al modo que Él mismo había dicho, no en este mundo, sino en el otro; y que por la cruz y muerte iba á tomar posesión de este reino eterno y celestial. Por fin, le pide que se acuerde de él cuando entrare en su reino, como si dijera: No te pido me salves aquí, librándome de la muerte, como pide mi compañero, sino que me salves después que muriere en la cruz. Tampoco te pido que me lleves á tu reino y me des en él un trono; porque un ladrón como yo no se ha de atrever á pedir cosa tan grande; sólo te pido que te acuerdes de mí, porque si esto haces, me darás buena muerte, y me pondrás en el lugar que quisieres en tu gloria. ¡Qué oración tan ferviente y qué conversión tan perfecta es la de este ladrón afortunado! Pondera luego las causas de donde procedió esta conversión, presupuesta la gracia de Dios. Los medios de que se valió el Señor para convertirle no fueron milagros, porque quizá no vió ninguno; tampoco sermones, porque ningún sermón de Cristo había oído. Lo que le movió fué la heroica paciencia y mansedumbre del Señor en medio de tantas injurias, y la rara caridad que demostró orando por sus enemigos. Estas virtudes, junto con la ilustración del cielo, le convencieron de que aquel Señor era santísimo; y pues Él decía que era Rey y Mesías é Hijo de Dios, así sería sin duda. ¡Cuánto importa para convertir á los pecadores, ser paciente, manso, caritativo y ejemplar! Estas virtudes tienen mayor eficacia para esto que todos los milagros. ¡Oh dulce Jesús! Vos que, puesto en la cátedra de la cruz, con vuestra milagrosa paciencia y maravilloso ejemplo de caridad convertisteis al buen ladrón, ayudadme, para que, á imitación vuestra, haga yo semejantes milagros, dando otros tales ejemplos, con que edifique á mis prójimos, enfrene á los malos y encienda en mayor deseo de perfección á los buenos. ¿Aprendemos estas santas lecciones del buen Jesús? ¿Procuramos dar buenos ejemplos de virtud? ¿Imitamos en la oración la humildad, confianza y demás cualidades de la del ladrón convertido?

**Punto 2.º Promesa de Jesucristo.**—Á la súplica del buen ladrón contestó Jesús, diciendo: «De verdad te digo que hoy estarás conmigo en mi reino». Acerca de esta espléndida promesa y segunda palabra de Jesús crucificado, has de considerar primeramente la eficacia de la oración en que rogó por los pecadores, cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador; del cual dicen algunos que al principio blasfemaba de Cristo, juntamente con su compañero, por decir san Mateo y san Marcos en número plural que los ladrones escarnecían de Él; y siendo esto así, mucho más campea la virtud de Cristo en trocar á este blasfemo, como después se mostró en trocar á Saulo por la oración de san Esteban. Pondera cómo resplandece también aquí la efi-

cacia de la sangre de Cristo, derramada en la cruz, cuyas primicias fueron este buen ladrón, trocándolo con modo maravilloso, perdonándole sus pecados á culpa y á pena, prometiéndole la entrada en el paraíso sin dilación, y asegurándole de ella. ¡Oh! ¡Quién no confiará en el poder, bondad y deseo que tiene el Señor de justificar á los pecadores! Mira, por último, la generosidad y riqueza de esta promesa de Jesucristo. No pide el ladrón á Cristo sino que se acuerde de él, cuando viniere á su reino, y Cristo le asegura que en aquel mismo día estará con Él en el paraíso. No le difiere la entrada por algunos años, ni le sujeta á algún tiempo de purgatorio, sino quiere que del tormento de la cruz pase al paraíso de deleites, cumpliendo en este afortunado ladrón lo que había dicho, que el que le siguiese estaría con Él para siempre. ¡Oh Rey de la gloria! Si con tanta generosidad premiáis al que sólo os siguió tres ó cuatro horas del día, ¿cómo premiaréis al que os siguiere con perfección todas las horas y edades de su vida? Si tan agradecido os mostráis al pecador que os ha injuriado innumerables veces, por una sola vez que os honra, ¿qué agradecimiento mostraréis al que toda la vida gasta en honraros? Y nosotros, en vista de esto, ¿por qué no honramos con más fidelidad á Cristo? ¿Le servimos con fervor? ¿Confiamos en su bondad y en la eficacia de su sangre?

**Punto 3.º** *Significaciones que tiene este suceso y conversión.*—Considera aquí cómo en los dos ladrones que están crucificados con Cristo, se representan dos suertes de hombres, malos y buenos, que se presentarán al juicio, para ser los unos reprobados eternamente y los otros elegidos. Pondera lo que dice Jesucristo, que en el día del juicio, de dos que estarán en el campo, ó en el molino, ó en el lecho, uno será dejado y otro tomado; que fué decir: de todos estados y modos, unos serán tomados para el cielo por las buenas obras que hicieron, prevenidos y ayudados de la divina gracia, y otros serán dejados para el infierno por las culpas que cometieron con su libre albedrío. De suerte que quien está en el molino del estado del matrimonio con muchos cuidados y trabajos, no ha de perder la confianza de su salvación; y quien está en el lecho del estado de continencia con mucho descanso, no ha de perder el miedo de su condenación; y el que trabaja en el campo de la vida activa, y el que descansa en el lecho de la vida contemplativa, han de vivir con esperanza mezclada con temor de los juicios de Dios, á quien humildemente has de suplicar que no seas de los dejados, sino de los escogidos, haciendo vida digna de que Dios te tome para sí, colocándote en su paraíso. Reflexiona, finalmente, cómo la sangre de Jesucristo, aunque era poderosa para justificar á los dos ladrones, sólo obró en el uno, para darnos motivos junta-

<sup>1</sup> Joan., xii, 26. — <sup>2</sup> Matth., xxiv, 40.

mente de temor contra la presunción y de confianza contra la pusilanimidad. De suerte que los grandes pecadores, viéndose cercanos á la muerte, no desesperen, viendo que en aquella hora un ladrón alcanzó misericordia; pero ninguno presuma vivir á sus anchuras, esperando convertirse en la muerte, viendo que otro ladrón, estando junto á Cristo, murió sin penitencia; y harto motivo de temor es ver que entre tantos malos que estaban á la sazón en el monte Calvario, á uno solo se dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». ¡Oh Salvador del mundo! Pues que en vuestras manos clavadas en la cruz está la llave de David, con la cual abris y ninguno cierra, cerráis y ninguno abre; abridme las puertas del cielo que mis pecados cerraron, y cerradme las puertas del infierno que ellos abrieron, para que en el día de mi muerte pueda, como el buen ladrón, entrar con Vos en el paraíso. ¡Oh alma! Si ahora llegase la muerte, ¿qué suerte te tocaría? ¿Has desesperado alguna vez de la misericordia de Dios? ¿Has presumido vanamente de su bondad?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué oración tan ferviente, devota y eficaz dirigió el buen ladrón á Jesucristo! Viéndose cercano á la muerte, cargado de culpas, próximo al juicio, iluminado con luz divina, conoció el peligro en que se hallaba y el medio de librarse de él, y volviendo los ojos á Jesús, le dice: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino». Llámale Señor, ¡qué respeto!, le confiesa por Rey, y no atreviéndose á pedirle cosa alguna, se contenta con suplicarle que se acuerde de él. Mas ¿cómo ha adquirido este ladrón tanta fe, confianza, dolor de los pecados y una conversión tan completa? ¿Cuál ha sido el motivo de cambio tan radical? ¡Ah! Los ejemplos portentosos de paciencia, mansedumbre, fortaleza y caridad de Jesús; ellos han sido los sermones que han convertido á este hombre, de ladrón famoso en santo ilustre. ¡Cuánta es la fuerza del buen ejemplo! El Salvador, al oír la oración de este pecador arrepentido, quiso dar una muestra evidente de la eficacia de su sangre para borrar los pecados más enormes, y así al momento le contestó: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». En un momento borra sus pecados, limpia su alma, la adorna con la gracia, y la dispone para las bodas celestiales. ¡Oh poder infinito de la sangre de Jesucristo! ¿Quién no confiará á la vista de tal portento? ¿Quién desesperará, aunque se halle cargado de culpas las más graves, al ver la facilidad, prontitud y perfección con que es purificado y santificado un ladrón? Mas ¿quién osará presumir, viendo al mal ladrón que baja al infierno después de haber muerto al lado mismo de Jesús, y teniendo á sus pies la Abogada de los pecadores? Jamás un hombre ha tenido ocasión más propicia para convertirse, y, sin embargo, se condena miserablemente. Abramos los ojos de nuestra mente, y contemplando estos dos ejemplos de la justicia y misericordia divina, formemos tales propósitos,

que merezcamos seguir el camino del buen ladrón; y para cumplirlos, oremos con grande fervor por nuestras almas y por las de nuestros prójimos.

## 62.—TINIEBLAS Y CUARTA PALABRA DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús crucificado, la tierra toda se cubrió de tinieblas, y á la hora de nona dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»

PRELUDIO 2.º Representate que estás en el Calvario, y ves todo lo que pasa, oyendo esta palabra de Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no desamparar á Dios con el pecado, y de no ser desamparado de su gracia.

**Punto 1.º Tinieblas que sobrevinieron á la crucifixión de Jesús.**—Habiendo sido Jesucristo crucificado cerca de la hora de sexta, poco después sucedieron unas grandes tinieblas en toda la tierra, que duraron hasta la hora de nona.<sup>1</sup> Pondera las causas por las cuales ordenó el Señor estas tinieblas milagrosas, eclipsándose el sol en tal coyuntura y por el tiempo de tres horas. La primera fué para manifestar la ira que tenía contra aquel pueblo ingrato por el delito atroz que cometía contra Cristo, pues no eran dignos de ver la luz del sol los que quitaban la vida al Sol de justicia. Y también con estas tinieblas exteriores significaba las interiores de aquella miserable gente y las eternas en que habían de caer por su obstinación. La segunda fué para manifestar la inocencia y majestad de Cristo con este milagro, haciendo que el sol se oscureciese y cubriese á la tierra de luto por la muerte de su común Hacedor, y del modo que podía mostrarse compasión de sus dolores é ignominias; y, escondiendo su luz, quitase á los perseguidores la ocasión de mirarle con escarnio y á los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar con aquella obscuridad. La tercera fué para que, cesando con esta repentina noche el bullicio de la gente, pudiese el Señor á sus solas y con quietud gastar aquellas tres horas en apercibirse para la muerte, y en orar<sup>2</sup> con gran fervor y lágrimas por nosotros, á la manera que cuando predicaba gastaba los días en su oficio, conversando con los hombres, y las noches en oración retirada; así en el Calvario, tendidas sus manos en la cruz, después que hubo cumplido con los oficios de caridad y piedad con los pecadores y con su Madre, gastó las tres horas de tinieblas en orar fervorosamente por todos los hombres que tenía en su memoria, de los cuales uno eras tú. ¡Oh dulcísimo Jesús! Enseñadme á orar con la quietud

<sup>1</sup> Entre las meditaciones de la Virgen Santísima correspondientes á la serie tercera, se hallará la meditación de la tercera palabra: *Ecce Mater tua*.

<sup>2</sup> Matth., xxvii, 45. — <sup>3</sup> Hebr., v, 7.

y espíritu que en estas tres horas orasteis, y avivad mi tibieza para que me aproveche del tiempo que tengo de vida, aparejándome con gran fervor para la muerte. No permitáis que me sorprenda la muerte en las tinieblas del pecado; antes bien alumbradme con el resplandor de vuestra gracia para que os honre, venere y sirva fielmente toda mi vida. ¿Hemos nosotros merecido por nuestras culpas el ser privados del Sol de justicia? ¿Imitamos á Jesús, orando con mayor fervor en los tiempos de obscuridad y tribulación espiritual? ¿Estamos convencidos de la inocencia, poder y majestad de Jesús?

**Punto 2.º Cuarta palabra de Cristo.**—Cerca de la hora de nona, que era las tres de la tarde, clamó Jesús diciendo: «Dios mío, Dios mío: ¿por qué me desamparaste?» Esta fué la cuarta palabra que habló Cristo en la cruz poco antes de espirar, y dijola con grande clamor, para que se entendiese que estaba vivo, y para declarar el afecto con que la decía, afligidísimo por el interior desamparo que sentía. Este desamparo estuvo en dos cosas. La primera en que el Padre Eterno le dejaba padecer sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba; lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho; pero en Jesús fué terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. Su cabeza no podía descansar sobre la cruz sin nueva pena; las manos no podían sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor; los pies no podían con la carga sin dilatarse más las heridas; y viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: «Dios mío, Dios mío: ¿por qué me desamparaste?» La segunda cosa en que estuvo este desamparo fué en que la divinidad desamparó á la humanidad cuanto á los consuelos sensibles, dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió; y porque nadie pensase que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir á las cosas de los otros procedía de no sentir sus penas, quiso con estas palabras declararlas. Mas, para que se viese que esta queja no nacía de desesperación ni impaciencia, no dijo «Dios, Dios», sino «Dios mío, Dios mío», con lo cual declaraba la confianza, amor, intimidad y unión que con Él tenía. ¡Oh buen Jesús! Aunque ya sabéis la causa de vuestro desamparo, yo os la quiero decir para mi confusión; porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad por cumplir la mía, queréis ser desamparado de vuestro Padre, mereciendo con este desamparo que nunca me desampare su misericordia. ¡Bendita sea vuestra caridad! ¡Oh, si nunca os hubiese desamparado con mis culpas! Y tú, ¿qué has hecho? ¿Desamparaste á Jesús? ¿Te compadesces del desamparo que Él sufre?

**Punto 3.º Continuación de la oración de Jesús y senti-**

<sup>1</sup> Matth., xxvii, 46.

*miento de la Virgen.*—Considera cómo, aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del salmo XXI, que trata de su Pasión, piamente se puede creer que en secreto prosiguió todo este salmo, contando á su Padre todos los trabajos que están expresados allí; pero con mayores ansias diría aquellas palabras: «Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende á la única querida mía del poder del perro; sácame de la boca del león, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio». Llama cuchillo á la muerte á que está condenada por la divina justicia, y perro á Caifás con los demás perseguidores que mordían su fama; león á Pilatos con los ministros y soldados que le despreciaban y afligían con aquellos tormentos, y unicornios á los poderes de las tinieblas infernales que solicitaban á sus enemigos contra Él. Estas palabras diría con gran sentimiento, conforme á lo que de Él dice san Pablo: «Que en los días de su carne hizo oración con gran clamor y lágrimas al que le podía salvar y librar de la muerte». Considera también aquí el sentimiento grande que tendría la Virgen cuando oyó decir á su Hijo estas lastimosas palabras; las cuales, en entrando por sus oídos, penetraron su corazón, y al momento lo levantó al Eterno Padre, suplicándole que no desamparase á su afligido Hijo; y como Ella sabía también los salmos de David, es de creer que cuando el divino cantor con voz llorosa comenzó este salmo en el facistol de la cruz, Ella juntamente le proseguiría en su corazón, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo, teniendo á la vista el cumplimiento de tales profecías. ¡Oh Madre afligidísima! Ahora pagáis, como nueva Eva, la conversación libre é imprudente que la primera tuvo con la serpiente junto al árbol del paraíso. Si aquella conversación ocasionó nuestra muerte, la que Vos tenéis con vuestro Hijo será causa de nuestra vida. Proseguid orando; y, como Madre, enseñadnos á que os imitemos en vuestra compasión, devoción, fervor y perseverancia en los trabajos. ¿Lo hemos hecho de este modo? ¿Acompañamos á María en su dolor? Y en nuestras penas, ¿seguimos el ejemplo que nos ha dado Jesús, orando fervientemente en las suyas?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh poder infinito del Señor! En medio del día, contra todas las leyes de la naturaleza, hace que el sol recoja sus rayos, y deje á la tierra sepultada en obscuras tinieblas por espacio de tres horas. De este modo manifiesta Dios la indignación que tiene contra aquel pueblo ingrato que ha crucificado á su Hijo; así la naturaleza entera muestra tristeza y viste de luto por la muerte de su Creador; de esta manera Jesús se ve libre de las molestias de sus enemigos y del bullicio de la gente, y puede tranquilamente entregarse á la oración recogida.

<sup>1</sup> Hebr., v. 7.

Así se pasan tres horas entre dolores acerbos, tormentos indecibles y oración altísima. Pasadas las cuales alza Jesús la voz nuevamente, y con acento lloroso y entonación triste, dice: «Dios mío, Dios mío: ¿por qué me desamparaste?» ¡Oh! ¡Cuán terrible sería este desamparo cuando el mismo Cristo se queja amorosamente de él! Sin duda que el Padre celestial dejaría padecer á aquella bendita Humanidad sin ningún consuelo ni alivio. Sin duda que Jesús sentiría todo el dolor corporal de que es susceptible el hombre, mientras está en este mundo, y toda la tristeza y congoja espiritual que puede sufrir un alma que todavía es viadora. Mas Él insiste en la oración, acompañado de su dulce Madre, que con Él ora, llora, suspira y padece. Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿No acompañamos á Jesús en su oración? ¿No nos compadecemos de su desamparo? ¿Le hemos desamparado pecando? Y ¿no lloramos nuestras culpas? ¡Qué ingratitud y locura es la nuestra! Entremos dentro de nuestro corazón; examinemos qué siente al meditar los tormentos del Señor; y para conformar con los suyos nuestros afectos, formemos resoluciones muy particulares y prácticas, pidiendo con humildad y confianza la gracia necesaria para su cumplimiento.

### 63.—QUINTA PALABRA: TENGO SED.

PRELUDIO 1.º Teniendo Jesús ardiente sed, dijo: «Sed tengo», y le dieron á beber vinagre.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús crucificado diciendo esta palabra.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de compadecerte de Jesús, y aliviarle su sed del modo que puedas.

**Punto 1.º Sed corporal de Jesús.**—Sabido Jesucristo que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: «Sed tengo». Considera aquí primeramente la terrible sed corporal que Jesucristo nuestro Señor padecía en la Cruz. Desde la noche anterior no había bebido una sola gota de agua, y en todo este tiempo había padecido grandes trabajos, andado muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas, y sobre todo en la cruz, por las cuatro heridas de pies y manos, en las tres horas que hacía que estaba en ella colgado. Esta sed había profetizado David, diciendo en el salmo XXI en la persona de Cristo: «Mi virtud se secó como una teja, y mi lengua se pegó al paladar, y llegué á estar como polvo, á punto de perecer». Con ser esta sed tan ardiente, la sufrió y disimuló el Señor hasta que estaba para espirar; y si entonces la declaró, no fué porque desease ningún alivio, ni refrigerio alguno, sino para que supiésemos lo que padecía en castigo de

<sup>1</sup> Joan., xix, 28.